



Cuentos de
TERROR
desde la
boca
del **túnel**

Chris Priestley

Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Carla Balzaretto
Traducción: Alexandre Casal Vázquez
Título original: *Tales of Terror from the Tunnel's Mouth*

Publicado por primera vez en Gran Bretaña en 2009
por Bloomsbury Publishing Plc.
36 Soho Square, Londres.

© Chris Priestley, 2009
© David Roberts, 2009
© Ediciones SM, 2014
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

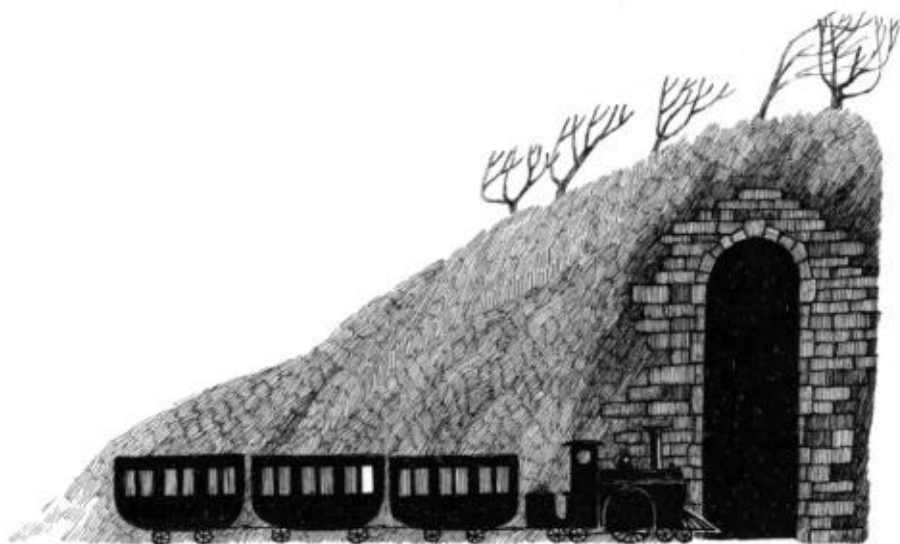
Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para H. S.,
con mi agradecimiento.*

ÍNDICE



EL TREN.....	11
EL INVERNADERO	27
LA ISLA.....	47
LA NUEVA INSTITUTRIZ.....	77
LA GENTE PEQUEÑA	109
EL MONOLITO DE CROTACH	133
GERALD.....	165
SOR VERÓNICA.....	195
EL SILBADOR	215
UNA GRIETA EN LA PARED	241
LA BOCA DEL TÚNEL.....	265



EL TREN

ERA LA PRIMERA VEZ QUE IBA YO SOLO EN TREN. MI MADRASTRA HABÍA QUERIDO ACOMPAÑARME HASTA LA ESTACIÓN PARA DESPEDIRME, y allí me había abochornado con sus innecesarios besos y abrazos, y aquella vocecilla melosa que ponía cuando exhibía sus afectos.

Mi padre estaba en la guerra, luchando contra los Boers bajo el ardiente sol de Sudáfrica, y yo habría preferido estar junto a él con tal de no tener que pasar ni un minuto más en compañía de su ñoña e irritante esposa.



Sin embargo, para mi alivio, las vacaciones habían llegado a su fin, y debía marcharme al nuevo colegio. En otras circunstancias, el cambio me habría puesto nervioso, sin duda, pero la convivencia de aquellas semanas con mi madrastra había sido un calvario que me había preparado y endurecido para afrontar cualquier desafío que la escuela nueva me tuviese reservado. No tenía miedo.

O eso pensaba.

Llevábamos una media hora aguardando en el andén, pues mi madrastra, absurdamente, se había empeñado en llegar muy temprano, temerosa de que yo pudiese perder el tren.

Agotada la conversación desde hacía rato, estábamos sentados en uno de los bancos de madera del andén, yo leyendo *London Illustrated News* y ella dormitando. Tenía una capacidad extraordinaria para quedarse dormida al instante, no había pausa que no aprovechase para echar una siesta. Habría jurado que era más felina que humana.

Miré alrededor. Enmarcada en una mañana de sol, era la típica estación insulsa de la campiña inglesa. Se contaban unos tres o cuatro viajeros más, que habían ido llegando mientras se prolongaba la espera, y un jefe de estación corpulento y barbudo cuya actividad consistía en consultar el reloj cada tanto y dedicarle

a cada recién llegado una sonrisa y una leve inclinación de cabeza.

Todo era muy corriente, la verdad, y soso hasta la saciedad, pero en ese momento mi madrastra se despertó de pronto, dando un chillido que me hizo dar un respingo y que provocó miradas de preocupación y embarazo entre los viajeros que esperaban en la estación.

–¡Por todos los santos! –exclamé, sonrojándome y procurando no encontrarme con ninguno de los pares de ojos que recaían sobre nosotros–. Hay gente mirando.

–¡Ay! –respondió ella, volviéndose hacia mí con gesto bastante trastornado–. Es que he tenido una premonición horrorosa.

Llegados a este punto, debo decir que mi madrastra creía poseer un don en lo relativo a los augurios.

–Sería un sueño –aventuré sonriéndole a un hombre que observaba a mi madrastra como si la creyera recién fugada de un manicomio.

–Es que he tenido sensación de peligro, querido; de un peligro mortal –insistió ella, aún con los ojos como platos.

–¿Pero de qué demonios habla, señora? –protesté.

–Me gustaría que no te dirigieras a mí de ese modo –repuso ella llevándose las manos a la cabeza.



Yo sabía muy bien que no le gustaba, pero no tenía ninguna intención de llamarla «madre», como ella habría deseado.

–¿Qué clase de peligro? –inquirí.

–No lo sé –contestó–. He visto... he visto un beso.

–¿Un beso? –Solté una carcajada–. No veo peligro en ello. Al menos, no un peligro mortal. A no ser que me haya visto besando un cocodrilo.

–Un beso –repitió–. Y un túnel, un túnel largo, oscuro y terrible...

–¿Voy a besar un túnel? En fin, eso sí que podría resultar un poco peligroso –señalé con una mueca de desdén.

Sin embargo, mi madrastra continuaba mirándome de un modo muy raro, y por muy absurdas que fuesen sus afirmaciones, algo en sus ojos me inquietó y me forzó a desviar la mirada.

La tal «premonición» era tan vaga como lo habían sido otras. Suspirando, contemplé la vía y deseé que llegara el tren. No veía el momento de alejarme de esa mujer.

–Estaba dormida y ha tenido una pesadilla –dije sin hacer ningún esfuerzo por disimular mi desprecio–. O sería un desvarío... O lo que sea que pueda pasarle mientras dormita a plena luz del día en el andén de una estación.

Mi madrastra acusó mi tono de voz.

–Haz el favor de no hablarme de esa manera –me avisó.

–Si he dicho algo que pudiera ofenderla, lo lamento –respondí sin mirarla.

Pero no lo lamentaba en absoluto.

Sonó un pitido que anunció la llegada inminente del tren. Sentí un alivio mayúsculo. Me levanté.

–Bien –dije–. Aquí llega.

–Mi niño querido. –Ella me abrazó del modo más vulgar.

–Por favor –refunfuñé encogiéndome de vergüenza–. Hay gente mirando.

Tras lograr deshacerme de sus brazos de medusa, recogí mi maleta y me dispuse a subir al vagón.

–Cuánto me gustaría que pudieras coger otro tren –musitó ella sujetándome por la manga.

Impertérrito, seguí adelante.

–¿Después de llevar casi una hora aquí de plantón? De ninguna manera.

¡No pasaría un instante más, con ella, en aquel andén! Para demostrar cuáles eran mis intenciones, me enca-ramé al vagón y cerré la puerta con fuerza, pero al mirar por la ventanilla vi que mi madrastra sostenía un pañuelo a la altura de la cara y empleaba la mano libre para efectuar movimientos giratorios, como si estu-



viera a punto de desvanecerse (mientras miraba de soslayo en busca de público, claro está).

La tapó una ráfaga de vapor, y aquella imagen de su desaparición me llenó de placer. No obstante, volví a verla una vez más, sacudiendo la mano, cuando el tren se puso en marcha. Fingí no darme cuenta y me concentré en buscar asiento.

Caminé por el pasillo inspeccionando los compartimentos hasta dar con uno en el que había un lugar desocupado junto a la ventanilla.

El único ocupante era un caballero adusto, con aires militares, cara rubicunda, mandíbula angulosa y sólida y un bigote exagerado. Me saludó inclinando la cabeza.

–¿Le importaría que me sentara con usted, señor?
–pregunté.

–Por supuesto que no –contestó enderezándose.

Mientras sonreía y le daba las gracias, coloqué la maleta en el portaequipajes, encima de mi asiento. El militar resopló.

–Suponiendo que no se dedique usted a silbar –dijo al sentarme.

–¿Disculpe?

–Silbar –repitió–. No soporto los silbidos. Hacen que me rechinen los dientes.

–No se preocupe, señor –respondí–. Yo no silbo.

–Me alegra oírlo –afirmó, resoplando de nuevo–.
Los jóvenes de hoy tienen esa costumbre.

–Yo no –le aseguré.

–Fenomenal.

Sonreí y miré por la ventanilla con la esperanza de que la extraña conversación quedase zanjada, cosa que ocurrió, por suerte. El militar extendió un ejemplar de *The Times* que tenía doblado en el regazo y comenzó a leer, intercalando resoplidos o chasquidos de la lengua.

El tren continuaba su viaje, deteniéndose a cada tanto en estaciones tan anodinas y provincianas como la del inicio del viaje. En cada una, el vagón iba ganando nuevos pasajeros.

El primero en unirse, eligiendo además sentarse a mi lado, fue un obispo (o así pienso llamarlo): un eclesiástico grueso y de cara redonda que, tras desearnos buen día, sacó de su maletín un fajo de documentos manuscritos y empezó a estudiarlos mientras hacía anotaciones con una pluma.

El segundo pasajero en instalarse en nuestro compartimento era un hombre bajo y fibroso a quien tomé por un campesino. Se sentó frente al obispo, junto al militar, y todos lo saludamos con inclinaciones de cabeza. Saltaba a la vista que las manos del campesino conocían el trabajo duro, y sus zapatos, que no desta-



caban por su limpieza, todavía tenían algunas manchas de barro fresco.

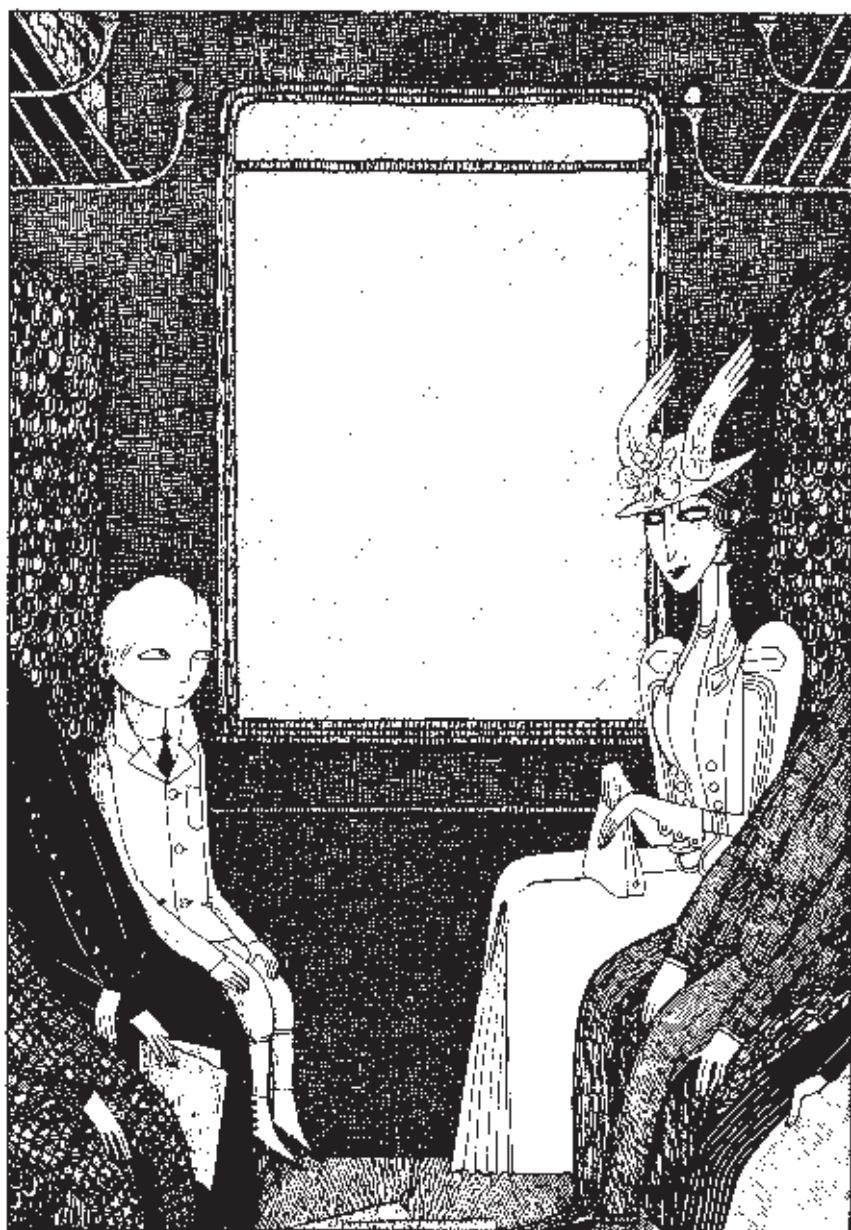
En la siguiente estación subió un hombre alto y de aspecto cadavérico. Por las cortesías que intercambió con el militar, deduje que lo conocía de vista. Tenía unas manos largas y huesudas, a juego con el rostro. Iba muy bien vestido y llevaba consigo un ejemplar de *Lancet*. Un cirujano de camino a Harley Street, sin duda. Se acomodó al lado del obispo, frente al militar. El asiento que estaba delante de mí, junto a la ventanilla, continuaba vacío.

De repente me sentí cansado. Quizá la excitación de viajar solo había hecho mella en mí, o quizá fuese el calor del sol que entraba por el cristal. Cerré los ojos.

Al abrirlos nuevamente reparé en que, pese a estar convencido de que los había tenido cerrados durante un tiempo breve, debía de haberme quedado dormido, pues el asiento de enfrente estaba ahora ocupado por una mujer atractiva, aunque de presencia severa.

Era aún joven –no mucho menos que yo– y esbelta, de tez muy pálida. Tenía la cara alargada, los pómulos altos y el cabello pelirrojo. Iba vestida completamente de blanco, desde el calzado hasta el sombrero.

Le sonreí y le hice un gesto educado con la cabeza. Ella respondió sonriendo a su vez y mirándome con unos ojos verdes de una intensidad inquietante.



Volví a sonreír y miré al resto de ocupantes del compartimento, que estaban todos dormidos. Ironías del destino, el militar silbaba cuando exhalaba aire.

La otra novedad era que, pese a no encontrarnos en una estación, el tren se había parado. Al pegar la cara al cristal de la ventanilla, vi que la locomotora se había detenido en la entrada de un túnel y que los vagones estaban en el fondo de una trinchera abrupta y profunda, entre taludes tan altos que cubrían el sol y nos sumían en un extraño ambiente crepuscular.

Recordé la absurda visión de mi madrastra y me né la cabeza. Seguramente habría disfrutado diciéndome: «Tè lo avisé». Sin embargo, por muy irritante que fuera, aquella parada inesperada no constituía un peligro.

La mujer continuaba sonriendo y mirándome de un modo tan atrevido que no pude evitar sonrojarme un poco.

–¿Sabe dónde estamos, señorita? –le pregunté–. ¿Han informado de alguna incidencia?

–¿Espera usted que informen? –replicó.

–Sí –contesté–. El revisor debería haber venido a decirnos dónde nos encontramos y cuánto durará el retraso.

–Ah –musitó–. La verdad es que nadie ha venido a informar.

Consultó su reloj de bolsillo, que era de oro, me miró y volvió a estudiar el reloj. Luego lo guardó en un pequeño bolso que tenía en el regazo, entre las manos, enfundadas en finos guantes blancos. Yo observé mi reloj y lo sacudí.

–¿Le importaría decirme qué hora es? –pregunté–. Este se ha detenido.

–¿La hora? –Eché la cabeza hacia atrás–. ¿Tiene prisa? Los jóvenes siempre se apresuran.

Me hizo gracia la palabra «jóvenes» viniendo de alguien que, como ya he dicho, no era mucho mayor que yo; a lo sumo, tendría diez años más. Aun así, decidí hacer oídos sordos.

–No es que tenga prisa –afirmé–. Pero va a venir una persona a buscarme a la estación de King's Cross y no me gustaría hacerla esperar. Lo único que quiero es saber cuánto tiempo llevamos aquí parados.

–No mucho –dijo.

Me quedé callado con la esperanza de que diese alguna explicación más, pero ella permaneció en silencio.

–Robert Harper –anuncié, extendiendo una mano como me pareció que haría mi padre en aquellas circunstancias.

–Encantada de conocerle, Robert –respondió dándome la mano y estrechándomela durante un tiempo



que se me antojó excesivo. Tenía mucha fuerza en los dedos.

Pero no me dijo su nombre, y yo no me animé a preguntárselo. Volví a dirigir la mirada hacia la ventanilla y ventilé con un suspiro la frustración que me causaba aquella demora.

–Parece inquieto, Robert –dijo la Dama de Blanco, a quien llamaré así en referencia a la novela homónima de Wilkie Collins. Lamenté al instante haberle dado mi nombre, pues pensé que aquello le proporcionaba ventaja.

–Es solo que no veo el momento de que nos pongamos nuevamente en marcha, señorita... –Dejé la frase en el aire y alcé las cejas a la espera de que ella la completase, pero continuó impasible. No pude menos que fruncir el ceño, aunque se ofendiese. Pero, si acaso, su sonrisa brilló aún más. Supuse que se estaba burlando de mí.

Miré a través del cristal una vez más, pero no había nada que ver, ni el más mínimo movimiento de la criatura más mínima. En esas estaba cuando, fruto de algún curioso espejismo, me pareció que la Dama de Blanco se abalanzaba sobre mí. La vi en el reflejo de la ventanilla, con el rostro un tanto distorsionado, arremetiéndome. Me separé del cristal y me hundí en el asiento. Pero lo que vi entonces fue que la Dama de Blanco estaba

sentada como si tal cosa, sonriendo, y me sentí como un perfecto idiota.

–¿Va todo bien, Robert? –preguntó ella, no sin razón.

–Todo en orden, gracias –respondí, con toda la despreocupación que fui capaz de aparentar–. Estoy un poco aburrido, pero nada más.

La Dama de Blanco asintió con la cabeza y luego, bruscamente, dio una palmada con sus delicadas manos. Me asombró que el sonido no interrumpiese el sueño del resto de los ocupantes del compartimento.

–Deberíamos pensar en algún tipo de entretenimiento que nos ayudara a pasar el rato –propuso.

–¿Le parece? –contesté, sin saber a qué podría referirse.

–Quizá le apetezca oír una historia –explicó.

–¿Una historia? –pregunté, incrédulo–. ¿Por casualidad no será usted maestra? –En cuanto lo pregunté, tuve la sensación de que había algo en ella que descartaba aquella posibilidad.

–¡Qué gracia! –respondió–. No, no lo soy. –Sonrió como si la idea fuese una broma íntima–. Supongo que lo dirá porque cree que los cuentos son cosa de niños, ¿verdad?

–No –repliqué–. De ninguna manera, señorita. Me encantan los cuentos.



–¿Y qué clase de cuentos son los que le gustan tanto, Robert? –preguntó, de nuevo echando la cabeza hacia atrás.

–Pues no sabría decir –reflexioné–. Estoy suscrito a *Strand Magazine*, y ahí se publican toda clase de historias emocionantes. Como las del señor Wells, por ejemplo. O las aventuras de Sherlock Holmes.

La Dama de Blanco sonrió, pero como no decía nada, me vi en la obligación de seguir hablando.

–Leí *Drácula*, del señor Stoker, y me pareció una historia tan brillante como aterradora. Ah, y luego también está el señor Stevenson, que en mi opinión es un escritor magnífico, aunque solo sea porque compartimos nombre.

Ella enarcó las cejas.

–Robert –clarifiqué–. Se llama como yo. Robert Louis Stevenson, ¿comprende?

–Sí –dijo–. Ya me había dado cuenta.

–Ah –musité–. Lo siento.

Se produjo una nueva pausa en la que me imaginé que la Dama de Blanco haría algún comentario sobre mis gustos literarios, pero no ocurrió nada.

–Disfruté mucho con *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde* –seguí diciendo. Ella sonrió y asintió–. Y opino que *El retrato de Dorian Gray* es un relato estupendo –agregué con la esperanza de sorprenderla al

admitir mi inclinación por una obra con una fama tan polémica. Ella, sin embargo, se mantuvo inexpresiva.

–Por lo que oigo, prefiere las historias que tratan de peligros sobrenaturales –juzgó–, las obras con un cariz ultramundano y portentoso.

–Imagino que sí –admití sin saber si aquello era una crítica.

–Pues muy bien –resolvió–. Tal vez se me ocurran algunas historias que encajen con sus gustos.

–¿Acaso es usted escritora, señorita? –sugerí. Si bien sabía que había mujeres que escribían, nunca había leído nada escrito por una. Quizá fuera aquello lo que explicase su peculiar modo de ser. Los escritores son extraños; no hacía falta más que leer los periódicos para saberlo.

A la Dama de Blanco esto le hizo gracia, más aún que mi pregunta sobre si era maestra.

–No, no. No soy escritora. Pero conozco muchas historias. –Hizo chocar unos dedos con los otros. Le centellearon los ojos–. ¿Qué tal si le cuento una para ver si le entretiene?

Confieso que no me entusiasmaba la idea, pero negarme habría sido una grosería. La oferta, en cualquier caso, me pareció una excentricidad. Preocupado, miré al resto de pasajeros que, ajenos a todo, seguían durmiendo.



–Me llevará un buen rato –señaló la Dama de Blanco.

–Está bien –concedí con un suspiro mirando de soslayo hacia el resto de ocupantes del compartimento, con la esperanza de que alguno abriera los ojos y acudiese en mi rescate–. ¿De qué trata la historia?

–Lamentablemente, no puedo adelantarle mucho, o de lo contrario arruinaría el suspense.

–Ah –repuse asintiendo con la cabeza. Miré por la ventanilla.

–¿Le interesa la botánica? –preguntó ella.

–¿La botánica? –titubeé, tocando con el codo al obispo, quien, pese a mis esfuerzos, no se despertó.

–La rama del saber que se ocupa de las plantas –explicó ella, de nuevo haciendo chocar unos dedos con otros como si acabase de decir algo extremadamente emocionante.

–No mucho –confesé, contrayendo un tanto los labios–. ¿Importa eso?

–De ninguna manera –respondió–. De ninguna manera.



EL INVERNADERO

HACÍA CASI DOS AÑOS QUE ÓSCAR NO VEÍA A SU PADRE. COMO DOS EXTRAÑOS, AMBOS ESTABAN SENTADOS EN LA SALA DE ESTAR acompañados por el repiqueteo de un martillo, insistente aunque apenas perceptible. Con las largas manos entrecruzadas en el regazo, su padre seguía el compás de los martilleos dando golpecitos con los pulgares.

—¿Qué tal en el colegio? —preguntó con una sonrisa que Óscar, por algún motivo, encontró molesta.

—El colegio marcha bien, padre —le respondió.

La sonrisa de su padre tembló un poco ante la frialdad de la respuesta, pero solo durante unos instantes. Algernon Bentley-Harrison se las había visto con los tigres de las selvas de Bután y había repelido las depredadoras atenciones de los cazadores de cabezas



de Nueva Guinea; para él, ponerle buena cara al mal tiempo era parte de su forma de ser.

–Conque bien, ¿eh? –dijo el señor Bentley-Harrison–. ¿No tienes nada más que contarme?

–Si quiere que le hable de logros académicos –repuso Óscar–, sepa que no tengo vocación de estudioso.

–Pamplinas. Eres un muchacho muy inteligente.

–Padre, no quiero decir que no sea inteligente. Me refiero a que carezco del amor por las palabras, los libros y los números que se requiere para hacer carrera. Son otros asuntos los que me interesan.

–Y a mí también, hijo mío –contestó su padre con gesto cómplice–. Comparto tu impaciencia con las limitaciones de las aulas. En el mundo existen más cuestiones dignas de interés de las que podrían caber en la más completa de las bibliotecas. Eso, precisamente, es lo que me empuja hacia los confines del globo, Óscar. ¡El hambre de conocimiento! Será un tipo de conocimiento infrecuente, no lo niego, pero cuando tengas edad para venir conmigo, podrás valorar la importancia de las colecciones botánicas que poseo...

–¡Pero padre! –protestó Óscar con un suspiro–. Las flores no me dicen nada.

Si Óscar le hubiese dado una bofetada a su padre, el efecto no habría sido tan profundo. Las flores eran la vida del señor Bentley-Harrison, su pasión.

En cierta ocasión, durante una cena, la señora Bentley-Harrison había bromeado diciendo que, en caso de incendio, no estaba segura de lo que salvaría su marido en primer lugar, si a su esposa y su hijo o sus preciadas orquídeas. Los invitados se habían reído de buena gana, pero la chanza había dejado un regusto amargo en los Bentley-Harrison. Ambos sabían que no había duda: Algernon salvaría primero las orquídeas.

–¿Que las flores no te dicen nada? –exclamó el señor Bentley-Harrison–. Pero... pero... No lo entiendo. Antes te gustaban.

–No, padre –replicó Óscar, huraño, meneando la cabeza y desviando los ojos–. He intentado decírselo en muchas ocasiones, pero usted no hacía caso. –Se volvió y miró a su padre–. Usted nunca me hace caso.

El señor Bentley-Harrison se llevó las yemas de los dedos a las sienes y comenzó a trazar círculos concéntricos sobre su pálida piel.

–Pero es el sueño que tú y yo hemos tenido desde hace tanto...

–Precisamente –interrumpió Óscar–. Es su sueño, padre. Nunca ha sido el mío. ¡Jamás me ha preguntado qué quiero hacer con mi vida!

Óscar advirtió que había hablado con un tono de voz un poco más fuerte y agresivo de lo que habría querido, de manera que se quedó sorprendido cuando,



en lugar de reprenderlo, su padre se limitó a bajar la mirada y a posarse las manos en el regazo con gesto solemne.

–¿Padre? –dijo Óscar, viendo que el señor Bentley-Harrison permanecía callado durante un rato que no acababa de terminar.

–¿Y qué es, entonces, lo que quieres hacer con tu vida? –le preguntó su padre al fin, todavía sin mirarlo. Óscar nunca lo había visto hablarle de aquel modo. Su voz se había vuelto fría y mecánica–. Vamos. Cuéntame qué es lo que planeas hacer con tu tiempo.

–Me gustaría montar un negocio propio –afirmó Óscar–. Me gustaría abrir una tienda como la que tenía el abuelo cuando empezó.

–¿Una tienda? –titubeó el señor Bentley-Harrison como si estuviera pronunciando una palabra en un idioma extraño–. ¿Una tienda?

El padre de Algernon Bentley-Harrison había regentado una tienda. Algernon había tenido que trabajar en ella contra su voluntad hasta que, incapaz de soportarlo más, le había implorado a su madre que le permitiese ir a la universidad. Su negativa a continuar con el negocio de su padre había supuesto una terrible decepción para el anciano. Y ahora daba la impresión de que el destino, por fin, iba a castigar a Algernon Bentley-Harrison por aquella deslealtad.